

españoles de las islas del mar de las Antillas, y muy pronto se despacharon cartas á la corte de España, anunciándole que el temible Juan Morgan preparaba alguna cosa grave é importante contra los intereses de la corona.

Un día, en las aguas que bañan las costas del Sur de la isla de Cuba, confundíendose casi en el horizonte, se alcanzó á divisar una vela que avanzaba ganando tierra; aquella vela se acercaba y crecía, cuando otra apareció tras ella, y luego otra y otra y otra, hasta contarse doce, que como una parvada de garzas blancas que vuelan sobre la superficie del mar, se allegaban cada momento mas y mas á la tierra.

Era de tarde; el mar estaba tranquilo y las olas venian, como lánguidas y perezosas, á chocar en las rocas de la playa, agitándose apenas aquel inmenso espejo de plata líquido y movedizo.

El viento era favorable, y aquellos navíos podian haber llegado hasta la costa, y aquellas tripulaciones podian haber efectuado un desembarco sin obstáculo; pero no fué así, y á corta distancia, cuando el grito triste del hombre que echaba la sonda en la embarcacion que venia por delante anunció que podian echarse las anclas, el bajel, como un caballo refrenado por su ginete, se detuvo estremeciéndose: se oyó despues el ruido de las cadenas, el pito del contramaestre, el golpe del ancla en las aguas, y el navío quedó balanceándose sin avanzar.

Las demás embarcaciones imitaron la maniobra de las primeras, y poco despues toda aquella flota estaba anclada á la vista de la isla.

Un hombre contemplaba desde el alcázar del primer navío todas aquellas maniobras, y las contemplaba con cierta especie de indiferencia y desden.

IX.

La primera empresa.

Un mes habia pasado desde aquella despedida de Julia y su amante, y en un mes todo habia cambiado.

Pedro Juan de Borica el desollador se casó con la señora Magdalena, y abandonaron la aldea de San Juan de Goave y se retiraron á la ciudad de Santo Domingo á esperar una oportunidad para embarcarse y pasar á la Nueva-España. La señora Magdalena habia llevado naturalmente consigo á Julia.

Pedro el desollador se retiraba muy rico de su comercio, la casa de Julia habia sido vendida á mas precio, y todos calculaban que el desollador llevaba un fuerte capital para emprender grandes negocios en México.

Al mismo tiempo se habia sabido la noticia de que un gran número de cazadores habian desaparecido, y se aseguraba que estaban ya enganchados con los piratas.

Esta noticia, que corrió veloz, alarmó á los gobernadores

Cuando todos los navíos estuvieron anclados, aquel hombre dió una orden, y una bandera y un gallardete fueron izados inmediatamente en el palo mayor.

Entonces de todos los demás buques se botaron al agua las lanchas, se pusieron escalas, y de todos ellos bajaron algunos que parecían jefes, y se dirigieron á fuerza de remos al buque que habia hecho la señal: casi todos llegaron al mismo tiempo, y todos subieron, dejando al rededor de aquel navío sus botes con sus marineros.

El hombre que habia dado la señal era Juan Morgan, el almirante de aquella armada de piratas, y llamaba á los capitanes de los navíos para tener con ellos su primer consejo, como se los habia anunciado al engancharlos.

Estaban en las aguas del Sur de la isla de Cuba; tenian una armada respetable; iban á decidir de la suerte del comercio y de la marina española, á fijar el punto y el dia para el primer combate y la primera empresa.

Juan Morgan cumplia su palabra.

La tarde era apacible y la brisa fresca agitaba la bandera y el gallardete izados en el navío del almirante.

Sobre la cubierta de aquel navío, los piratas tenian su consejo, como hubieran podido celebrarlo los generales de un ejército en un campamento la víspera de una batalla.

—Una escuadra española—dijo gravemente Morgan—debe llegar en estos dias á la isla Española; lleva destino de custodiar las urcas y los navíos que el virey de la Nueva-España debe enviar cargados de reales; lleva tambien encargo de proteger unas naves con ricos cargamentos que envian á Veracruz los de Maracaibo; con la flota vienen tambien algunos navíos de España, y es el almirante de ella D. Alonso del Campo y Espinosa.—Ha llegado,

pues, el momento de obrar, y voy á daros cuenta de mis planes.

Todos los piratas redoblaron su atencion.

—Nos presentaremos á la vista de la escuadra española y procuraremos aprovechar la mas ligera oportunidad de apoderarnos de alguno de sus navíos, sin presentarles nunca una batalla: si la suerte nos favorece, bien; si por el contrario, nada conseguimos, al dirigirse los españoles á las costas de Yucatan ó de Veracruz, nosotros embestiremos á Panamá ó á Cartagena; despues ya veremos: ¿os parece?

—Sí, contestaron todos los piratas.

—Pero todo esto requiere otra especie de organizacion: nuestra armada se dividirá en dos partes; la una, que irá delante de las naves españolas, distrayéndolas; y la otra, cuyo mando conservaré yo, irá á tomar la isla de Santa Catalina, que debe ser nuestra base de operaciones para atacar las ciudades y pueblos de Tierra-firme.

Los capitanes hicieron un signo de aprobacion.

—¡Brodeli! exclamó Morgan.

Un hombre de elevada estatura, que estaba entre los capitanes, se puso en pié.

—Te nombro—dijo Morgan—vice-almirante y jefe de la segunda flota; toma los navíos que quieras, haz lo que he dicho; y cuando hayas cumplido, vuelve á la isla de Santa Catalina, que será ya nuestra: esta noche te entregaré por escrito mis instrucciones, y antes que el sol se levante, si el viento es favorable, toda la escuadra habrá levantado anclas: ¿entendeis?

Todos se inclinaron.

—Podeis retiraros.

Los piratas se levantaron y comenzaron á descender á sus botes y á marchar á sus respectivos navíos: entre aquellos

hombres habia ingleses, franceses, italianos; pero todos obedecian sin replicar las órdenes del almirante que habian elegido: entre aquellos hombres reinaba una subordinacion y una disciplina que hubiera podido envidiar la armada real de España.

Solo el italiano que habia respondido al nombre de Brodeli y que habia sido nombrado vice-almirante así, de una manera tan sencilla, permaneció en el navío de Morgan, como esperando nuevas órdenes.

—Escúchame—le dijo el almirante;—lo que te he encargado tiene, además del objeto de distraer al enemigo, el de conocer el número y la clase de su tripulacion; su armamento, sus pertrechos, sus intenciones, si es posible, y el carácter y la índole del almirante.

—Está bien—contestó Brodeli.

—He aquí cómo debes de manejarte para saberlo: la armada debe tocar en la Española; uno de los nuestros, el mas valiente, el de mayor inteligencia, el de mas confianza, debe desembarcar tambien en la isla y acudir al puerto adonde vaya á anclar la armada; allí averiguará cuanto pueda; despues tomará servicio con el almirante español, y servirá con actividad, á ganar, si le es posible, alguna confianza, y luego, cuando tenga ya suficientes noticias, que procure volver á reunirse contigo ó conmigo, es indiferente.

—¿Pero esto, cómo le será posible?

—Él lo procurará; si muere, será su destino; si lo consigue, es su deber.

—¿Y quién será ese hombre? porque yo no creo que tengamos en la escuadra uno á propósito para tanto.

—Es porque aun no conoces la gente; yo te le daré.

Morgan se separó del italiano, desapareció por una escotilla, y volvió poco despues, seguido de Brazo-de-acero.

—Aquí le tienes—dijo el almirante.

Brodeli examinó por un momento la figura interesante de Antonio, que estaba delante de él mirando distraidamente las olas que venian de lejos á chocar en los costados del buque.

—¿Sabrá algo de la maniobra?—dijo Brodeli—porque.....

—Vale tanto como el mejor piloto.

—¿Está instruido de lo que va á hacer?

—Sí, y además, tú te encargarás de decírselo.

—Perfectamente. ¿Partirá conmigo?

—En este momento.

—¿Cómo se llama?

—Antonio.

—¿No mas?

—En el mar, no mas.

—Bien: ¿y el pliego de instrucciones?

—Tómale—dijo Morgan, dando al italiano un grueso pergamino;—nada falta aquí.

—¿Puedo retirarme?

—Retírate, y hasta vernos en las costas de Santa Catalina.

—Seguidme—dijo Brodeli á Antonio.

El jóven sin replicar siguió al italiano; al llegar á la escala, sintió que le tocaban el hombro; volvió el rostro, y era Morgan que le tendia la mano de despedida.

Antonio estrechó sin hablar aquella mano, y descendió al bote.

Poco despues llegaron al navío que montaba Brodeli.

La noche tendió su manto negro sobre los mares, y entre las sombras se oyeron ruidos y voces de mando, y los silbidos de los pitos de la maniobra.

Cuando la aurora volvió á brillar, todos aquellos buques habian desaparecido, y apenas en el horizonte se alcanzaban á ver algunas velas que se alejaban.

Iba á comenzar una época de combates, que debía costar muy caro á la monarquía española.

X.

Santa María de la Victoria.

Como lo habia anunciado Morgan, los habitantes de la isla Española vieron llegar á sus costas una poderosa escuadra con la bandera de Castilla, y convoyando algunos navíos mercantes que llevaban destino á Nueva-España.

La escuadra debia detenerse allí muy poco tiempo, porque segun se susurraba, el almirante tenia orden de buscar aquellas aguas para perseguir y ahuyentar á los piratas que hostilizaban á los buques españoles.

Algunos oficiales saltaron á tierra, y la isla pareció animarse, porque hasta el interior llegó luego luego la noticia de la llegada de aquellos navíos.

A la segunda tarde de permanecer la armada en las aguas de la Española, uno de los oficiales del navío «Santa María de Gracia» caminaba con algunos de sus amigos conversando alegremente, cuando se presentó delante de ellos un hombre, jóven aún, y con el traje de la clase pobre.

—Perdóneme su señoría—dijo dirigiéndose al oficial;—yo no sé cómo se entenderán esas cosas entre los señores, pero yo quisiera irme en esos navíos.

—Irte, ¿adónde?—dijo el oficial, procurando comenzar una conversacion burlesca con aquel hombre.

—Adonde vayan; es decir, acomodado, enganchado.

—¿Sí? pues fácil es como entiendas tú algo de la maniobra.

—No quedaria disgustado su señoría.

—¿Sabes los nombres de toda la cabullería de maniobra y su laboreo?

—Sí, señor, y cuanto su señoría mande; correr un moton, abarbetar, embragar, tomar un rizo, pasar una boza y aguantarla.....

—Bien; ¿y sabrás vogar?

—Manejo el bichero como el que mejor lo haga, y sé gobernar una lancha tanto con timon como con espadilla.....

—¿Y qué mas sabes?

—Conozco bien la rosa de los rumbos, y sé cuartear la aguja náutica como un timonel.

El oficial comenzaba á mirar con atencion á aquel hombre.

—¿Has sido marino?—le preguntó.

—No, señor.

—Entonces, ¿cómo sabes todo eso?

—Mi padre era español, rico, y dueño de algunos navíos; vivimos en un puerto muchos años, y así se comprende cómo conozco la maniobra.

—¿Y ahora?—preguntó el oficial, siguiendo sin querer la historia que le dejaba adivinar aquel hombre.

—Ahora, mi padre perdió su fortuna, murió pobre, yo quedé lo mismo, y quiero ver si logro siquiera ganar el pan para vivir.

—Y quieres tú pertenecer á la marinería ó á la gente de guerra de la armada?

—Me es igual; con tal de que me consiguiérais una plaza, os viviria yo muy reconocido.

—¿Conoces tambien el ejercicio de los cañones?

—Cuando era yo jóven lo ví practicar muchas veces; creo que me seria muy fácil recordarlo.

—Perfectamente; mañana temprano espera en este mismo lugar, que vendrán á buscarte.

—Sí, señor.

El hombre se quitó del camino y se inclinó con gran respeto al pasar el oficial, y este por su parte siguió su paseo diciendo alegremente:

—Yo conozco mucho á la gente de mar, y este hombre es para nosotros una buena adquisicion.....

Aquella noche debió haberse arreglado todo, porque á la mañana siguiente una lancha tocaba el costado del navío «Santa María de la Victoria,» y el primero que tomaba la escala de cuerda para subir, era el hombre que hemos visto hablar con el oficial.

Nuestros lectores habrán conocido sin duda que aquel nuevo voluntario de la armada española, no era otro que Antonio el cazador.

El almirante dió por fin la órden para levantar las anclas al siguiente dia, y entonces comenzó en tierra y á bordo, sobre todo en los navíos mercantes, una agitacion extraordinaria.

La inseguridad en que se encontraban los habitantes de la isla Española por motivo de las incursiones de los piratas, habia hecho que muchos de ellos no estuviesen esperando sino que hubiera un convoy bien custodiado para tras-

ladarse á otra parte, y aquella ocasion habia llegado, y muchas familias emigraban á la Tierra-Firme ó á México.

Naturalmente esto producía gran movimiento, y las aguas del puerto estaban sembradas de canoas y de botecillos que iban y venian en todas direcciones.

La playa era un anfiteatro cubierto de espectadores, y sobre la cubierta de los navíos, los que iban á abandonar quizá para siempre aquella tierra, la contemplaban con melancólica atencion.

Los navíos de guerra parecian contemplar con todo el desden de un veterano aquellas escenas de familia, porque apenas se veia algun marinero que cruzara por ellos, y solo se distinguian á los centinelas, que como una parte del mismo buque, parecian no parar en nada su atencion.

Las olas, suaves algunas veces y fuertes otras, venian á azotar los costados de los buques, se resbalaban despues por ellos como rios de plata y de brillantes, y seguian su eterno movimiento hácia la playa.

Poco á poco los navíos comenzaron á desplegar su velamen blanco y majestuoso, y aquella escuadra, que á lo lejos parecia un bosque de encinos en invierno, se convirtió en una especie de ciudad con altos y grandes edificios.

Sonó el cañonazo, y rompiendo las aguas, abrieron las quillas un camino espumante sobre el mar, que quedaba aún señalando el paso de los buques cuando estos se alejaban ya.

Soplaba el viento favorable, henchíanse las lonas, y las embarcaciones se deslizaban oscilando graciosamente.

Aquella partida era de buen agüero para los marinos.

El dia se pasó en esa monotonía del mar; olas y cielo

siempre iguales, las unas en eterno movimiento, el otro en inmovilidad eterna.

La tierra iba desapareciendo entre brumas que envolvian el horizonte como nubes de polvo, y el sol comenzaba ya á hundirse en el Occidente.

Las sombras de la noche ennegrecieron primero las olas, despues el firmamento; luego la luz se extinguió, y el mar con sus fosforescencias interrumpia solo de cuando en cuando aquella uniformidad triste, aquel inmenso crespon negro tendido sobre el universo.

El navío almirante encendió tres faroles en la popa y uno en la gavia, y todos los demás navíos encendieron entonces un farol en la popa.

—¿Qué señal tenemos?—preguntó Antonio á un marinero con quien habia procurado intimarse.

—En esta escuadra, esa señal quiere decir que no hay peligro.

—¿Y pensais que pueda haberle?

—Mil demonios! ¿de dónde salís vos, que no habeis oido hablar de esos demonios de piratas que abundan por estos rumbos?

—He vivido en tierra, en la que no les temen.

—¿No les temen? mala racha me hunda: ¿es decir que creéis que yo les temo?

—No tal; juro.....

—Así salieran todos ellos con el mismo Morgan, que nuestra «Santa María de la Victoria» tiene tantas bocas de bronce, que habian de recibir mas consejos esos demonios que su obra muerta habia de parecerse á mi camisa vieja.

—Ya lo creo.....

—Y luego que el capitan Don Andrés Zavalociten es una

fiera; así le abordaran un navío como á mí hacerme decir misa.

—¿Valiente?

—Al zafarrancho de combate se pone contento como con la música: yo quisiera que se ofreciera; por el alma de mi padre que os había de gustar.

—¿Y tendremos que caminar mucho tiempo por aquí?

—Es la verdad que yo no lo sé bien; pero por lo que oímos nosotros, hasta acabar con los piratas y llevarle á S. M. las cabezas de todos esos perros, que Dios confunda.

En este momento un relámpago que parecía salir del seno del mar, brilló en el espacio, y luego se escuchó una detonación sonora y prolongada.

—¡Cañonazo!—exclamó Brazo-de-acero.

—Señal—contestó el otro.

Y el capitán apareció inmediatamente sobre cubierta, y todos los marineros y los soldados se pusieron á escuchar con ansiedad.

Pasaron algunos instantes, y luego sonaron tres cañonazos consecutivos, y luego silencio.

—¿Qué indica?—preguntó Antonio muy bajo.

—Que se descubren embarcaciones sospechosas.

—¿Y quién dió la señal?

—Uno de los navíos cazadores que va á la descubierta.

El capitán permaneció inmóvil sobre cubierta.

En el navío almirante se apagó el farol de la gavia, y todos los demás navíos lo imitaron, apagando también el farol que llevaban encendido en la popa.

—Puede que no haya nada, y lo sentiré—dijo el marinero;—que los únicos que podrían peligrar serían estos mercantes, porque una bala les arranca toda la cáscara.

Volvió á sonar un cañonazo, después de un intervalo otro, y trascurrido un minuto cinco seguidos.

—Escuadra enemiga, y huye—dijo el marinero.

Antonio comprendió ya lo que era; la segunda escuadra de Morgan, mandada por el vice-almirante, comenzaba á maniobrar, según las instrucciones que tenía; aquella alarma debía de durar ó convertirse en un combate.

Las señales de los cañonazos seguían, y el marinero explicaba á Brazo-de-acero su significado.

—El enemigo navega en popa ó largo.

—Piden permiso para continuar la caza.

—El navío almirante contesta concediendo.

Así pasó más de una hora, hasta que sonó una señal que hizo levantar el rostro al marinero como con asombro; fué un cañonazo, y luego tres, y luego otros tres.

—¿Qué hay?—preguntó Antonio.

—Que el enemigo vira de bordo.

—¿Creeis que quiera combate?

—¿Pues para qué virar? solo que vengan á darse prisioneros.

—¿Otra señal?

—Sí..... ciñe á babor.

El navío almirante disparó dos cañonazos, y luego uno, y después dos.

—¡Ahora sí!—dijo el marinero enderezándose.

—¿Qué es eso?

—Formar una pronta línea de combate.

—¿Sin tocar zafarrancho?

—Esta señal lo previene.

En efecto, en aquel mismo momento se sintió en todos los navíos un movimiento activísimo, y en todos ellos se escuchó el toque de zafarrancho.

Como corceles dirigidos por diestros ginetes, todos los navíos se movieron á tomar su lugar en la línea de combate, que se formó sobre la columna de los que iban á Sotavento, y muy pronto pudo, á pesar de la oscuridad de la noche, comprenderse que la línea estaba ya formada y los navíos mercantes á retaguardia.

Entonces comenzaron ya los preparativos para el combate.

XI.

El Ilustre "Cántabro."

ENTRE los navíos mercantes que caminaban al amparo de la real flota española, se contaba uno que mas parecia vogar por la fe de su capitan y por un prodigio, que por la disposicion de su aparejo y la resistencia de su casco.

Llamábase pomposamente *El Ilustre Cántabro*, y viejo y mal servido, parecia arrastrarse sobre las olas como una gaviota herida de una ala, y apenas soltando todo su velámen, podia seguir la derrota de sus protectores los navíos de la real armada.

El capitan de aquel milagro náutico se llamaba Don Simeon Torrentes, viejo marino, gruñon aunque taciturno, que decia cada juramento que hacia temblar la arboladura, y que dirigia á la tripulacion con menos miramientos que un tratante de mulas en la Nueva España á su mercancía.

Los marineros, cortados por el mismo molde, eran casi todos viejos, y habian visto crecer su barba y encanecer su pelo en los vaivenes de su buque; y si no pareciera una